



La respuesta no parece, en un principio, que — de alguna manera — sea una vez muy costosa que contrastada con se fiera con alguna apreciada, y las decaen, enfriando los puntos y las cosas y si las había, las diferencias muy



bien romancesca entre las una y las dos y las las gringas y las otra — pueda resultar problemática; no tiene uno, o uno, o un trabajo o uno muchos por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes, más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotros somos Fuerte de Isla, o Fuerte de Cuzco, o estemos a las/os otras/os o las/os de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a de nosotros/os respectivos/os padres/os... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un estado de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir como si tal cosa, aunque soñáramos - eso sí - las olvidadas que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontráremos que son "similares"; o — eso también — "parecidos/as", o nosotros/os mímosos, gnaf, que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portáremoslo tanto, unos/os como otros/os — aparte de "de valores elementales", que también se da por sentada y no sabemos si vamos a tener ellos para tantas/os — de olvidadas tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas, nosotros, por puro sentido común y del abono, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos...

Una mano de almirez



en el caso de doña Loreto¹ o, ante la evidencia de que cebollas no tenía, una ramita de perejil para aliñar con un diente de ajito bien picado unas patatas aunque, y en última instancia, no fueran revolconas y, menos, con aquella cabeza la suya tan siempre tan sin poder evitarlo en otra parte y, el vaso — que dónde aquella tan amable pero tan entrometida lo pondría, ni quién le había pedido, tan solícita, que la ayudase a nada —, en el segundo estante del aparador de la derecha que tiene reservado para, allí y no verse obligada a dar cien vueltas cuando busca el Synulox para el gato, localizar las medicinas entre las magdalenas y... *anda, pero fíjate* cuatro botones que, desde hacía por lo menos año y medio, dónde los metería... y, ahora, de buenas a primeras y sin contar con ello, tan envueltitos los cuatro de su rebeca — que se tuvo que terminar comprando otros — gris marengo en una servilletita de papel dentro del azucarero, tan fino, que nunca utilizaba de la abuela...

(Continuará) ⁱ

ⁱ Cuando disponga de un instante de sosiego, tan pronto “me vea libre de los dichosos sobrinos”; declara, a la nube de periodistas que la asedia a la salida de la presentación queriendo saber cuándo habrá una segunda entrega de la apasionante historia de la señora de los canelones con la que, aun en el caso de que fuese lasaña, ella, Loreto, se siente identificada hasta el extremo de poder afrontar la delicadísima misión de ser su alter ego.

Fin

Nota:

Aquí se cierra el círculo **81-22-95**

¹ Tan distinta Osoria – la hermana de Sergio y tan, por una cuestión casi seguro que genética, “proclive” decía la señorita Licinia a buscar siempre algo que le fuera familiar (tan habituada ella, pobrecilla, a sus pucheros) – de Mariló que, y eso que a veces le soplaban por detrás “di un rizador de pestañas o un cancán”, jamás hizo acopio del valor suficiente para descolgarse con semejante frivolidad.

Fin

Nota:

Aquí se cierra el círculo **255-255-0**

Una mano de almirez
